

Pichín®



EL ESCRITOR

El Tomate Parlanchín

En el frutero, por lo habitual utilizado para poner las frutas, Víctor colocaba hortalizas. 'Pichín' sintió el gélido contacto del cristal que le sacudió todas las simientes de su interior al ser almacenado en aquel recipiente junto a una berenjena, un pimiento rojo y varios calabacines.

* * * * *

Víctor era escritor quería realizar una obra de terror y buscó involucrarse de un ambiente apropiado. Había alquilado una antigua y destartalada mansión fuera de la ciudad, con un jardín en completo abandono, repleto de hierbas crecidas a su antojo.

En una vieja estantería, lleno de polvo, encontró un libro de tapas negras donde había un manuscrito confuso y poco legible que le inspiró. Desconectó la luz eléctrica y se puso a rellenar cuartillas al resplandor oscilante de una vela. Encargó a su criado que hiciera ruidos de tanto en tanto desde la buhardilla. Pensaba que todo esto le estimularía mentalmente para escribir.

Los sonidos llegaron a ser tan ensordecedores que le distrajeron de su tarea y subió a decirle al mayordomo que fuera más sutil. Ascendió por la escalinata de madera, cada peldaño crujía bajo sus pies, cuando alcanzó el desván encontró al criado dormido sobre un viejo sofá. No le dijo nada.

¿Quién pues hacia esos ruidos tan estridentes? Pensó que su mente, implicada en el misterio de aquella novela, le había jugado una mala pasada, dando así por zanjado el asunto.

Al día siguiente al anochecer, y antes de ponerse de nuevo a escribir, le dijo a su asistente.

- Felipe, haz ruidos más suaves no tan ensordecedores, ¡Ah! Y no te duermas.



El escritor retomó su tarea, sus personajes se movían dinámicos y las situaciones se le amontonaban con inusitada rapidez, mientras, de la pluma fluía la tinta a bocanadas y por la yema de sus dedos subía hasta su mano un sudor aceitoso, con olor de azufre.

Estaba batallando con sus personajes cuando de pronto dejó de escuchar el ruido convenido. Pensó que su criado se había dormido y subió a reprenderlo. Alcanzó la buhardilla. Felipe estaba en aquel momento sentado en el sofá y en sus labios una blanca y resplandeciente taza le suministraba algo que él bebía con deleite, lo curioso era que sus brazos y manos esta-

ban lacios y no sujetaban la taza, ésta parecía flotar por si sola envuelta en una luminiscencia cegadora, por unos segundos se llevó la mano a los ojos para protegerse de aquella luz y al apartarla solo vio a

Felipe, ahora tumbado y profundamente dormido.

Reconoció el chirriar de los escalones, como si alguien bajara. Quedó un tiempo inmóvil hasta que pudo escuchar unos fuertes golpes y extrañas voces que provenían de la planta inferior, donde estaba su escritorio.

Alarmado bajó con lentitud, le envolvía una desazón que le aproximaba a la catarsis del miedo, no alcanzaba a comprender si lo que le ocurría era cierto o de nuevo fruto de su mente. Cuando llegó a su mesa de trabajo, estaba todo revuelto, las cuartillas que había ido archivando, ahora se encontraban rotas y esparcidas por la habitación imposibles de recomponer, la vela parpadeaba lánguida luchando por mantener su resplandor.

Como pudo, conectó de nuevo la luz y encendió el interruptor, instante en que la vela soltó su último suspiro convertido en volutas de humo que se elevaron hacia el techo.

Al levantar la cabeza pudo leer en el cristal del espejo de cornucopia dorada y barroca escrito con trazos recientes, a juzgar por las gotas de color rojo sangre, que resbalaban por el vidrio: "Nuestro secreto no saldrá de esta casa".

* * * * *

Pichín durante todos los acontecimientos había permanecido debajo de la berenjena, tenía magullado un costado por la presión sobre el frutero, cambio de postura, fue entonces cuando le dijo la berenjena ¿tu... no se?, pero yo las he pasado ¡moradas!

